

Algunas pinceladas que explican el desarrollo de las ciencias políticas en México

Enrique Gutiérrez Márquez

Universidad Iberoamericana de México D. F.

El nacimiento de las ciencias políticas en México

En México, las ciencias políticas se introducen por varias vías. En primer término, se consolidó una corriente de académicos norteamericanos conocida como “mexicanista”, que se dedicaba al estudio de la vida política nacional y cuyas publicaciones tuvieron una influencia tanto política como académica (aquí se destaca el trabajo realizado por Friedrich Katz). En segundo término, al concluir la Segunda Guerra Mundial, se aprecia una influencia de la Organización de las Naciones Unidas para la Educación, la Ciencia y la Cultura (UNESCO) para fomentar la construcción de espacios institucionales, que tendrían como propósito reflexionar sobre los problemas políticos mundiales y reordenar el mundo con miras a asegurar la paz y evitar un nuevo conflicto bélico. Esos procesos se sumarían a la dinámica interna y a la encomienda que recibió desde los congresos de París (1949) y Oslo (1950) el doctor Lucio Mendieta y Núñez, entonces director del Instituto de Investigaciones Sociales de la Universidad Nacional Autónoma de México (IIS-UNAM) para promover la fundación de una escuela que tuviera una orientación en ciencias sociales. Al menos cuatro factores influyeron en el nacimiento de la disciplina en México: la Escuela Nacional de Jurisprudencia de la UNAM, instancia en la que se encuentran los primeros esfuerzos para consolidar departamentos y áreas de reflexión sobre la temática; la

comunidad académica de la Escuela de Altos Estudios, antecedente de la Facultad de Filosofía y Letras de la UNAM y uno de los primeros espacios en los que se planteó la construcción de objetos de investigación propios, distintos a los ya existentes en el derecho, la historia y la economía; la Escuela de Economía de la UNAM, en la que se iniciaron amplios estudios sobre la burocracia y la administración del Estado; y, finalmente, la incorporación para 1939 de los maestros del exilio español: filósofos, literatos, historiadores, poetas y antropólogos que empezaron a impartir cátedra y a realizar tareas de investigación y docencia desde su llegada a México.

Al finalizar la Segunda Guerra Mundial observamos un punto de arranque, y en diferentes países de América Latina la disciplina adoptó dinámicas propias, hecho que entre otras cosas, dio lugar a un progreso desigual, pero también permitió discusiones sobre el objeto de investigación de la ciencia política; la definición de la política y lo político; e incluso la naturaleza de los estudios disciplinarios en los que se discutió si debía llamarse “ciencia política”, en singular, o bien, “ciencias políticas”, en plural, aludiendo a planteamientos sobre la naturaleza unificada de la disciplina en el caso de la primera, o de la influencia de otras disciplinas sociales en el caso de la segunda.

Durante el rectorado de Luis Garrido (1948-1952) en la Universidad Nacional Autónoma de México (UNAM) Lucio Mendieta y Núñez propone construir la Escuela Nacional de Ciencias Políticas y Sociales (ENCPyS) que abriría sus puertas el 9 de julio de 1951. Su primer director fue el abogado Dr. Ernesto Enríquez Coyro, quien rechazaba tajantemente la idea de la UNESCO de formar teóricos, sin arte o praxis alguna, que al paso de los años fue etiquetado con el nombre inventado por

Daniel Cosío Villegas, como politólogos. En sus inicios, la ENCPyS ofreció cuatro programas académicos de licenciatura: “Ciencias Políticas”, “Ciencias Sociales”, “Ciencias Diplomáticas” y “Periodismo”. En ese momento se descartó la inclusión de la administración pública porque se decía que invadía el espacio de reflexión de la entonces Escuela de Economía. Los primeros planes de estudio se inspiraron en el modelo belga, en particular de la *École de Sciences Politiques* de la Universidad de Lovaina; algunos piensan que se adoptaron esos planes de estudio con la idea de romper con la visión norteamericana de la ciencia política. Para diferentes autores, la apertura del primer programa académico de licenciatura en ciencias políticas fue una respuesta a la modernización del país. De tal suerte que la aparición de la ENCPyS se inscribe dentro de la tendencia mundial y latinoamericana de consolidar una buena parte de las escuelas universitarias dedicadas específicamente a la enseñanza de las ciencias sociales. Su objetivo fue formar a los nuevos científicos a partir de una preparación sólida, que les permitiera dedicarse de tiempo completo al estudio de la realidad política y social. El primer órgano de difusión formal para la disciplina surge con la *Revista Mexicana de Ciencias Políticas*, en 1955.

Desde su creación, la ENCPyS —y después la Facultad de Ciencias Políticas y Sociales (1968) (FCPyS-UNAM1)— fungió como cantera de profesionales, porque ha nutrido otras instituciones como el propio IIS-UNAM, el Centro de Estudios Sociológicos de El Colegio de México (CES-COLMEX), los planteles de la Universidad Autónoma Metropolitana (UAM) y otras entidades tanto públicas como privadas en los estados de la República. Ciertamente, durante más de una década fue la UNAM la única institución de educación superior (IES) que

formó profesionales en esta disciplina. Sin embargo, para 1964 la Universidad Iberoamericana (IBERO) fue la segunda en todo el país y la primera IES de carácter privado y jesuita, que abrió la carrera en sus instalaciones recién inauguradas al sur de la Ciudad de México y, hasta el día de hoy, se mantiene como una de las mejores universidades en las que se imparte la licenciatura. En ese mismo año, la licenciatura también empezó a impartirse en la Universidad Autónoma de Baja California (UABC) en Mexicali, capital del estado de Baja California, al norte de la nación.

Los periodos de desarrollo de la disciplina

1950: De Tocqueville dice que las cosas se resienten de sus orígenes, que en su sentido neutro en francés significa volver a sentir las circunstancias o emociones de los orígenes. Esto ocurre en el caso de la FCPyS, pues su derrotero, desde su creación y hasta nuestros días aparece estrechamente ligado a un largo proceso en el que la influencia de la cultura jurídica destaca en muchos aspectos de su vida académica y en su historia. Para finales de la década, Pablo González Casanova, actor fundamental para el desarrollo de la ciencia política por sus valiosas aportaciones intelectuales que significaron una renovación en el planteamiento del estudio de lo político y de la política, llevó a cabo una reforma de la estructura académica y propuso modificar el mapa curricular orientado de la reflexión jurídica, hacia los planteamientos de tipo sociológico y filosófico. Así, lejos de promover su autonomía y desarrollo independiente, la disciplina se acercó más hacia la administración pública, hasta vincularla con un solo título. A partir de ese momento se abrieron claramente dos opciones de formación, no solo

dentro de la UNAM: aquella asociada a las tareas de la investigación, y otra relacionada con el ejercicio profesional en el ámbito de gobierno.

1960: De forma paralela a lo que acontecía en la UNAM se conforman otros núcleos de científicos políticos dentro de la IBERO y el CES y el CEI-COLMEX. El primero con una clara tradición humanista vinculada a los jesuitas, mientras que el segundo se orientó en los avances de la ciencia política estadounidense. La disciplina en México se nutrió prácticamente de todas las reflexiones sociales, económicas y humanistas, y de ellas, surgieron diferentes estilos de trabajo, perspectivas teóricas y, por supuesto, cuestionamientos permanentes tanto del estatuto científico, como de su capacidad para explicar los fenómenos políticos de la época, con base en razones y criterios propios.

1970: A lo largo de esta década se fortalece la visión de la sociología del desarrollo latinoamericano y el enfoque estructural funcionalista, acompañado de sus premisas de objetividad, neutralidad valorativa, asepsia ideológica, empirismo estadístico y énfasis en la metodología. No obstante, factores internos como la contracción del crecimiento económico, la crisis social y política, sumados a factores externos como la Revolución Cubana, condujeron al cuestionamiento de las teorías desarrollistas. En ese marco, la Teoría de la Dependencia se enriqueció con la interpretación marxista. La presencia del marxismo académico se incrementó significativamente y el análisis de lo político ocupó el primer plano, sobre todo después del golpe de Estado en Chile, que confirmaría la crisis del llamado “Estado del Bienestar” y marcaría el tránsito de América Latina hacia Estados autoritarios. Estado y clases sociales; clases sociales y poder político; la ideología de las clases dominantes; clases sociales y crisis política, así como

las estrategias del cambio en América Latina serían los temas centrales de discusión y producción científica. De cara a la crisis político-institucional que marcaría al país hacia finales de la década, fueron la sociología y la ciencia política las denunciadoras de la corrupción de la burocracia sindical, la manipulación corporativa, la marginalidad y el subempleo, la hipertrofia urbana, y la explotación campesina. Otros factores que fomentaron la creciente institucionalización de la disciplina fueron la creación del Consejo Nacional de Ciencia y Tecnología (CONACYT), que tuvo como propósito impulsar la formación de recursos científicos a través de becas para realizar estudios de posgrado en el extranjero (principalmente en Francia, Inglaterra y EE. UU.; la conformación de un grupo de investigadores que iniciaron un trabajo disciplinar sistemático, no sólo en la UNAM, sino también en otras IES; la creación de nuevos programas de licenciatura y por consiguiente: la ampliación de la oferta educativa y el incremento en la matrícula de alumnos. Datos de la Asociación Nacional de Universidades e Instituciones de Educación Superior (ANUIES) señalan que el número de programas a nivel nacional pasó de 3 a 17 y la matrícula se incrementó de 613 a 2.752 estudiantes. Pero no fue sino hasta finales de la década cuando la recién creada Universidad Autónoma Metropolitana (UAM) en su unidad Iztapalapa en México D. F., abrió un programa de licenciatura cuyo perfil estaba orientado a la investigación académica.

1980: La disciplina empezó a ocupar un lugar protagónico que coincide con el mayor interés por los asuntos públicos entre sectores más amplios de la población, así como al fortalecimiento de una comunidad científica; la cual dispuso de publicaciones, departamentos y centros de investigación. Este momento debe considerarse como el

quiebre en el desarrollo de la disciplina, tanto por el volumen de la producción de la investigación y como por la creciente densidad de la comunidad de politólogos, que concentró su análisis en los problemas que se presentaron asociados con la representación y la participación políticas, el equilibrio de poderes, el federalismo, los gobiernos locales, el presidencialismo y la democratización. La clase media, que cada vez tenía mayor participación en el ámbito universitario y social, quería saber, por decir lo menos, su colocación en la jerarquía social y en los procesos de recomposición del trabajo intelectual. Pese a la crisis económica de la década, el número de programas académicos y la matrícula de las licenciaturas de ciencias políticas experimentaron un crecimiento en el ámbito nacional. La oferta educativa se duplicó al pasar de 17 a 36 programas, mientras que la matrícula prácticamente se triplicó, al aumentar de 2.752 a 7.565 estudiantes.

1990: Hacia los albores del siglo XXI, la disciplina alcanzó un importante grado de consolidación. La principal razón para este desarrollo se encuentra en los procesos de transformación del sistema político. Algunos aseguran que hoy México es más plural y diversificado en términos políticos, sociales y culturales y, con toda probabilidad, ese hecho ha despertado el interés de los jóvenes tanto por conocer la realidad política y buscar soluciones a sus problemáticas, como de percibir en el estudio de la disciplina una opción para insertarse en el mercado de trabajo. Los 1990 observaron importantes transformaciones en el arreglo institucional, tanto en el Estado, como en las organizaciones y las estructuras de gobierno. Además, es un hecho que el Estado va a seleccionar a sus cuadros, como lo refiere Carlos Gallegos (1989), “legitimados con criterios técnicos y científicos orientados por el modelo de una modernización neoliberal neocapitalista”.

La década atestigua: la pérdida de mayorías en el Poder Legislativo; la llegada al poder en Municipios y Estados de otros partidos políticos distintos al Partido Revolucionario Institucional (PRI); la consolidación del Instituto Federal Electoral (IFE) como una instancia que vigila el desarrollo de las elecciones; la aparición de nuevos partidos políticos; la conformación de nuevos actores y, finalmente; la llegada a la Presidencia de la República del Partido Acción Nacional (PAN) para el año 2000.

El entorno contemporáneo y los retos de la disciplina

En contraste con el desinterés sobre los asuntos públicos, característico de un sistema autoritario, el estudio de la política en México dejó de ser un tema tratado solo por las élites y se extendió a diferentes sectores de la población. La disciplina se ha ido consolidando como un ámbito desde el que se interpretan las condiciones tanto estructurales como coyunturales del país. En los últimos 20 años, se abrieron al menos 36 nuevos programas y la inscripción aumentó a 11.588 estudiantes, esto es un 53,2% más que al iniciarse el periodo. Sin duda, diferentes fenómenos han transformado la vida de la disciplina: la proliferación de centros de estudio, programas de licenciatura y posgrado; el crecimiento sustancial de la población estudiantil que se duplicó en muy poco tiempo, y que obligó la ampliación y adecuación de instalaciones y condiciones estructurales; la actualización de los marcos normativos e institucionales; a modificación y actualización de planes y programas de estudio tanto de licenciatura como del posgrado; la reorientación de la formación profesional y la consolidación de la enseñanza, investigación y la difusión de la cultura, por

mencionar algunos de los elementos más importantes.

Habría que matizar la idea de crecimiento de las ciencias políticas como carrera universitaria y como disciplina académica, pues si bien su expansión es impresionante cuando se la observa en su propio comportamiento, cuando se le compara contra otras disciplinas de ciencias sociales es posible ubicar su reducido tamaño. No obstante, la disciplina ha contribuido en la discusión de los grandes problemas nacionales y también ha formado a los cuadros que han ocupado puestos para la toma de decisión, hecho representado, por ejemplo, por politólogos integrados en los Consejeros Electorales del IFE y los Consejos Electorales Estatales, en instancias de los diferentes ámbitos de gobierno Federal, Estatal y Municipal; como representantes populares, diputados federales y locales, senadores, presidentes municipales; pero también en organizaciones sindicales, medios de comunicación y organizaciones de la sociedad civil.

En el marco de expansión que vive la disciplina es pertinente resaltar que mientras en 1951 existía solo un programa a nivel nacional, para el año 2010 podemos ubicar al menos una IES en 30 de los 32 estados de la república, y, para el ciclo 2009-2010 existían al menos 87 programas académicos. Sin embargo, en términos regionales, algunos datos del Consejo Mexicano de Investigación en Ciencia Política (COMICIP) y ANUIES, revelan una concentración de la oferta de dichos programas en la zona metropolitana de México D. F. La matrícula de estudiantes durante el ciclo 2009-2010, muestra que México D. F. y el estado de México son las entidades federativas donde se concentra el mayor número de estudiantes con un total de 5.262. Por otra parte, en lo que respecta a la formación de doctores en ciencia política, es posible observar que para el

año 2012, el 65% de los investigadores nacionales, que pertenecen al Sistema Nacional de Investigadores (SNI) se concentran también en la zona metropolitana de México D. F. y el estado de México.

Cabe resaltar que, con el propósito de garantizar la calidad académica de los programas de licenciatura, en el año 2000 se creó el Consejo para la Acreditación de la Educación Superior, A.C. por Convenio con la Secretaría de Educación Pública. Para algunos este hecho no solo permite identificar de manera precisa el número de programas en el ámbito nacional, sino también su calidad. La primera asociación en el área de las ciencias sociales surge en 2002, con la creación de la Asociación para la Certificación y Acreditación en Ciencias Sociales que, dos años más tarde, acreditó el primer Programa de la Licenciatura en Ciencias Políticas y Administración Pública con sede en la Universidad Autónoma de Aguascalientes. Actualmente, al menos 30 programas académicos han sido acreditados.

Aunque existen dos referentes históricos con el Colegio Nacional de Ciencias Políticas y Administración Pública (1974) y la Asociación Mexicana de Ciencia Política fundada por el Dr. Enrique González Pedrero (1980), no será sino hasta el año 2012 cuando la constitución del Consejo Mexicano de Investigación en Ciencia Política (COMICIP) recuperara ambos esfuerzos con la incorporación de los más destacados investigadores y académicos, con el mayor prestigio y presencia en todo el país. En ese mismo año se crea también otra asociación llamada Asociación Mexicana de Ciencias Política

El trabajo que viene para las ciencias políticas en México es arduo, sobre todo si entendemos que por muchos años la disciplina dejó de reflexionar sobre sí misma. En ese contexto, resulta interesante plantearnos algunos cuestionamientos sobre la

historia de la disciplina, pero sobre todo, sobre sus posibilidades de futuro, en el marco de un país como México que cada día es más plural, pero con contradicciones fundamentales en el ejercicio democrático, con niveles de pobreza y desigualdad social que cada día son menos aceptables. Sin duda ésta situación nos plantea una agenda sinuosa, compleja, y llena de contradicciones, pero al mismo tiempo, con un potencial insospechado en el que las reflexiones académicas deben servir para mejorar las condiciones de vida de los ciudadanos y encontrar un camino para el cambio de régimen en el país.